

Domingo de Ramos, April 5 2020
Penelope Bridges
Sermón después de la Liturgia de los Ramos

Bendito el que viene en nombre del Señor. Amén.

Este Domingo de Ramos es raro. No es lo que estamos acostumbrados, no es lo que esperabamos hace unas semanas. Cuando yo salí para un mes de descanso sabbático, esperé regresar hoy a la vida de la catedral. Esperé celebrar para nuestra reunión. Pero hoy es muy diferente. No hay procesiones. No estamos en la catedral con decoraciones rojas y ramos de palma, sino estamos separados en nuestras casas.

Es un tiempo de dolor. No está bien que hay miles que sufren del virús. No está bien que los trabajadores de salud carecen equipo esencial y arriegan sus vidas para otros. No está bien que no podemos visitar a nuestros amados vulnerables. No está bien que cada tos puede ser un señal de la enfermedad.

Pero es apropiado que hoy estemos en un lugar extraño, un lugar incómodo, un lugar solitario. Está bien, porque el domingo de ramos es un día de esperanza insatisfecha, de momentos discordantes, de emociones varias.

Cuando Jesús y sus seguidores entraron en Jerusalén ese día, en un multitud de los desposeidos, las autoridades estuvieron sorprendidas. En el festival de pascua había siempre muchedumbres y fiestas en la calle, pero esta fiesta, esta procesión, dirigida por un hombre montado en un burro, pareció una parodía del reino Romano. Los seguidores cantaban canciones y gritaban dichos sobre el Mesías, él que salvaría Israel de sus enemigos. Las autoridades civil pudieron ser aleviadas cuando la multitud entró en el Templo sin entrar en la ciudad. Quizás los Judíos pudieron manejarla.

La entrada triunfal de Jesús es una mostración obvia del poder. Lleva a cabo el conflicto de las interpretaciones varias de poder. Hoy en día nos sometemos al poder de nuestras autoridades civiles para quedarnos en casa; tenemos miedo del poder fatal de un virús microscópico; miramos el poder económico del mundo volverse en confusión y histeria. Nuestro entendimiento del poder se voltea. Es un buen tiempo para contemplar los tipos varios del poder en nuestro mundo y en la historia de la semana santa.

La mayoría de la gente con Jesús probablemente creían que la misión de Jesús era una misión de liberación por la fuerza. Los símbolos del evento les recordaron de las victorias nacionales del pasado. La multitud buscaba una lucha armada. Pero este tipo de poder no interesaba a Jesús.

Las autoridades Judías tenían su poder y se beneficiaban por su colaboración con el reino corrupto y brutal de los Romanos, mientras se presentaban como los defensores de la fe. Querían mantener el status quo y su privilegio. Este tipo de poder tampoco interesaba a Jesús.

Los Romanos usaban la fuerza brutal para tener el poder, con demostraciones de fuerza militar, con el castigo rápido y cruel de los rebeldes. La Paz Romana mundial dependía del imagen de fuerza y invencibilidad. Este tipo de poder tampoco interesaba a Jesús.

Con sus hechos el domingo de ramos Jesús se enfrentó a todos los grupos poderosos en la ciudad. Porque él encarnaba un poder distinto: el poder de verdad, el poder del sacrificio por los otros, el poder de conectar con un anhelo profundo para la comunidad y la justicia y el significado. Este tipo de poder pertenece a Jesús en su vida y especialmente en esta semana, en su dolor, su muerte, y su resurrección.

Es un poder que todavía se enfrenta el poder del mundo hoy en día. Este poder tiene nuestra atención cada semana santa, si estamos en la iglesia, o en una habitación de hospital, o en nuestras casas. Este poder nos invita a Jerusalén, a la Cruz, como esperamos pacientemente la gloria de la resurrección. Es el poder del amor. Amén.